

—Ciertamente.

—¡Qué empaste! ¡Qué gradaciones tan naturales! ¡Qué tonos en el colorido! ¡Qué seguridad en los toques! Yo temo volverme loco de admiración y de entusiasmo. Cuéntame, Domenico, cuéntame por Dios la historia de este secreto. Ya que no puedes ni quieres decirme su esencia, dime su arribo hasta tí, amigo mío.

—Desde luego te confieso que el secreto no fué encontrado sino adquirido por mí.

—Háblame de todo, de todo.

—Hay en Italia dos hombres, que aman las artes sobre todas las cosas, soberano el uno, semi-soberano el otro. Llámase este Cosme de Médicis; llámase aquel Alfonso de Aragon. Ambos recibieron de un pueblo como Alemania y de un genio como Juan Van-Eike sendos cuadritos pintados por esta misma manera, y que han tenido casi ocultos por temor á un robo, pues tan extraordinario mérito tenían y con tanta viveza llamaban la pública atención que bien podían tentar á todo el mundo. Los conocedores de las dos obras se maravillaban, no solamente por lo que veían á la simple vista, sino también por lo que adivinaban al través de aquellos suaves matices y brillantísimos colores.

—¿Quién no se trasporta y extasía ante tales maravillas?

—Sabeis muy bien cuanto sufrimos hoy para secar los colores. Por ejemplo, estendemos uno sobre las tablas, y para sobreponerle otro, necesitamos que llegue el primero á secarse, y á secarse al sol. ¡Qué de tiempo en esta operacion delicada! ¡Qué de paciencia para aguardar cuando la fiebre de la inspiracion os posee y os aqueja la necesidad espiritual de crear!

—Es verdad. Cuántas obras he malogrado yo de esta misma suerte; cuántos valiosísimos trabajos he perdido tristemente. Creía ya seco el color y me arriesgaba á sobreponerle otro. Y el color primero no estaba seco, haciéndome perder este afán inútil horas larguísimas de zozobra y de angustia.

—Juan Van-Eike, llamado también Juan de Brujas, no encontró tampoco el secreto.

—¿De veras?

—No lo encontró.

—¿Se lo reveló algun otro?

—Se lo reveló el libro de un monge.

—¿Cuántas riquezas como este secreto perdidas en las Bibliotecas de los monasterios!

—Y aprendió en aquellas páginas una especie de barniz que, ageno completamente al agua, léjos de emplearse como elemento húmedo, podía emplearse como elemento secante, sobreponiendo los colores y dándoles sus varios y armoniosos tonos.

—De suerte que á nuestras maneras de pintar, á las tres conocidas, á la

que mezcla con los colores la clara de huevo y la resina; á la que mezcla la cal húmeda; á la que tiene por fondo la blanda cera, se une otra nueva y más perfecta.

—Justamente.

—Dime cómo te compusiste para sorprenderla y adquirirla.

—Tenía yo un amigo de Mesina, que he perdido, joven de valerosas resoluciones y de probada audacia. Pintor, usaba los antiguos medios bizantinos y griegos, como si no hubiera existido ni la escuela de Sienna ni la escuela de Florencia. Inquieto de temperamento, pero estudioso en su arte vió por acaso el cuadrito enviado de Brujas á Nápoles; y se propuso allegar el secreto de tanta hermosura y enriquecer con él á los artistas de su patria. Saltó, pues, de lo pasado á lo porvenir. Un día se fué á Alemania y se personó en casa del mágico pintor, dándose por rico caballero italiano, venido de luengas tierras, sin más objeto que obtener su retrato de tan hábiles manos y con tan extraordinarios procedimientos. Los caballos que montaba, el séquito que tenía, el oro que derramaba á manos llenas, la riqueza fabulosa de su traje, la magestad austerísima de su porte, el número y valor de su séquito, la pompa de que iba acompañado á todas partes, engañaron á las pobres gentes del Norte incapacitadas para comprender en su oscuridad y en su pobreza todo el lujo natural en los artistas del Mediodía. Y Juan de Brujas le admitió en su estudio creyéndolo profano á las artes, y compuso en su presencia el barniz, y lo empleó con entero abandono en la seguridad de que trataba con un rico-hombre, cuyas palabras y ademanes de tal suerte se componían que nunca revelaban al artista. Volvióse Antonio, pues, con su retrato y con su secreto, más alegre que unas pascuas, y dióle á Juan de Brujas en cambio de la ignorada sorpresa mucho oro y varios y riquísimos cuadros. Y llegado á Venecia se ligó conmigo; y, en el lecho de la muerte, á la hora de la agonía, me reveló su enigma encerrado, como todas las cosas y todas las ideas verdaderamente grandes, en una sola palabra.

—Domenico.

—Filippo.

—Pronuncia esa misteriosa palabra en mi oído.

—Cuando de ello seas digno.

—Dime qué debo hacer y lo haré inmediatamente. Tanto me dá que me exijas actos de virtud como actos de maldad. Si debo moverte por el bien, seré bueno; si por el mal, seré malo. Oigo indiferente los gritos de la conciencia porque se ahogan en el oleaje de pasiones que hirviente y encrespado ruge en mi pecho. La gloria es mi ambicion, y tras la gloria corro desalado. Sólo el amor puede en mi voluntad mucho más que la gloria. Sácame, pues, de este infierno de dudas en que mis carnes se abrasan por el temor constante de no merecer ni una hoja de laurel á la inmortalidad,

ni un nombre imperecedero á la historia. ¡Una palabra! Y decir que con una sola palabra puedes traer la ventura á mis desgracias, la luz á mi oscuridad. Pronúnciala por Dios. Unas cuantas letras combinadas y dichas al aire penetrarian por mis oídos hasta mi conciencia. Habla, pues. Te pido que hables. No desoigas esta súplica de un artista que pende completamente de tus lábios. Háblame por piedad, Domenico, si quieres calmar en algo la vehemencia de mis intensísimos deseos.

—Filippo, veo que verdaderamente amas el arte.

—Y por lo tanto.....

—Veo que mereces mi confianza y mi cariño.

—¿Qué has dicho?

Preguntó una voz ronca y siniestra.

—¡Andrés del Castaño!

Exclamó Lippi.

—Sí, Andrés, dijo el recién venido, mirando al fraile con una mirada solo comparable en lo siniestra á su voz.

—¡Oh!

Murmuró Domenico.

—Veo que eres desmemoriado.

Dijo Andrés, acercándose al joven pintor veneciano para que Filippo no pudiese oír el diálogo.

—Perdóname.

Exclamó por lo bajo Domenico.

—Ya sabes que te encontré en momentos de angustia.

—No me lo recuerdes.

—Ibas á dar el alma al diablo.

—Y el cuerpo á la muerte.

—Yo te salvé.

—Verdad.

—¿A qué precio?

—A precio de mi secreto.

—Pues bien, vengo á exijírtelo.

—Pero si todavía no me has dado el objeto por cuya adquisicion prometí mi palabra sacramental.

—Ya está en tu poder.

—¿Qué dices?

—Esta noche misma.

—¿Me aguarda?

—Te aguarda.

—¿Y podré estrecharla contra mi corazón?

—Será tuya.

—¡Andrés!

—¿Qué te pasa?

—Me flaquean las piernas.

—Al estremecimiento de tu corazón venturoso.

—Sí, sí.

—E ibas á dar tu secreto á ese frailucho loco.

Dijo Andrés reconviniendo á Domenico mucho más con la vista que con la palabra.

—Perdóname.

—Ya ves que procuré tu gloria.

—Me has dado una fiesta como Florencia no recuerda otra igual.

—Y además de las satisfacciones de la gloria te procuro las satisfacciones del amor.

—¡Oh amigo del alma!

—Sí, amigo, y prefieres á mí ese insensato.

—Te he pedido desinteresadamente perdón; otórgamelo.

—¿Qué noche!

—Maravillosa.

—De los arreboles de la gloria vas á pasar á los brazos del amor.

—Gracias á tí.

—A mí, olvidado y pospuesto.....

—¿Qué hago con Lippi?

—Engáñalo de cualquiera manera.

—¡Engañarlo!

—Dale cuantas vanas esperanzas te inspire tu fantasía.

—¿Mentir?

—Quien no sepa mentir, no vivirá largo tiempo en el mundo.

—¡Mentir! Andrés.

—No, alimentar esperanzas de imposible realizacion hasta el punto y hora en que puedas desvanecerlas.

—¡Oh!

—No haces más que suspirar. Ven conmigo. Esquívate á esa gente con toda la celeridad posible. Escabúllate en el salón cercano donde podremos estar solos para en la soledad abrirte por completo todo mi corazón y anunciarte todas tus dichas.

Domenico Veneciano y Andrés del Castaño eran dos naturalezas completamente opuestas. En el primero predominaba la dulzura y en el segundo la crueldad. Con ver á aquel, veíase una de esas almas suaves, en las que canta dulcemente el amor; y con ver á éste, se veía una de esas trombas de pasión y de ira, en cuyos senos retiemblan y resuenan de continuo las grandes tempestades. El afecto, que predominaba sobre todos los afectos del uno, debía llamarse ternura. El afecto, que predominaba sobre todos los afectos del otro, debía llamarse envidia. ¡Dios mio! Cuán criminales son

los envidiosos! El espectáculo del bien, que eleva á todos los hombres, á ellos los entristece y los vicia. Seméjense á esas pobres aves que huyen de la luz y que aman las tinieblas. Buscan en la vida los abismos, y cuando los han hallado, precipitan por ellos á las gentes. ¡La envidia! ¿De qué puede ser capaz? Vamos á verlo en el desenlace de esta trágica historia.

El envidioso iba á ser envidiado. Los pintores á quienes aborrecía, iban á caer de hinojos á sus plantas, en virtud de aquel secreto poseído por Domenico Veneciano; y que Andrés trataba de sorprenderle y arrancarle á toda costa. Imagínese, pues, cuál sería su impaciencia por sobrepujarlos á todos con trabajo mucho más rápido y resultado mucho más brillante que los trabajos y los resultados hasta entonces universalmente conocidos. Andrés que, nacido con ciertas aptitudes, no traspasaba la línea donde se estrellan como en su límite propio las brillantes medianías, iba á verse por virtud de la mágica revelación más admirado del pueblo, más querido de las mujeres, más rico y más célebre que sus odiados émulos, cuyos nombres tantas veces le quitaran el sueño, emponzoñándole con sus glorias y sus triunfos la vida. Así no podía surgir obstáculo que lo detuviera en su empeño. Tenía de los artistas de su tiempo los defectos, aunque no tuviera las cualidades. Impresionábale, gustábale el desorden: apasionado, anegaba la razón de las pasiones; vehemente, quería con arrebatado cuanto deseaba con vehemencia, importándole poco el bien ó el mal, porque ni los distinguía ni los separaba apenas en la oscuridad de su conciencia y en el hervor de su sangre. La envidia era su pasión y su tormento. El alma de su envidia estaba en el odio. Y el odio le imponía la necesidad de guerrear perpétuamente con todos sus semejantes á quienes tenía por enemigos. Con tal temperamento asíóse á la ventaja guardada en la palabra sacramental de Domenico Veneciano como á un amuleto propio para satisfacer todas sus pasiones. Ya puede, pues, comprenderse cómo se desvanecería su cabeza y saltaría en el pecho su corazón al temer que Domenico, seducido por las exaltadas palabras de Filippo, pudiera entregar á éste el prestigioso enigma. Así es que estaba al lado del dulce pintor como el diablo al lado de sus víctimas. Por el contexto de la conversación habrán los lectores inducido que Domenico se enamoró; y que, para satisfacer su amor, estuvo á punto de entregar su alma á Luzbel. Pero se la entregó á Castaño. Y Castaño dióse tales trazas, que logró vencer á la invencible hermosura por cuya posesión ofrecía el inexperto Domenico su preciado secreto, cosa de poca monta para quien llegaba hasta perder la eterna bienandanza. Acercábase, pues, para Castaño la hora suprema de su vida, el momento de averiguar la naturaleza de aquella invención por la cual podía obtener dos satisfacciones codiciadas: la propia gloria y la supremacía sobre todos sus émulos. El diablo no persiguiera con sus seducciones á quien le hubiese vendido el alma como Castaño perseguía á Domenico con sus halagos.

Veíale vanidoso, pues le daba una fiesta en cuyos incidentes brillantísimos pudiera creerse un dios: veíale enamorado, pues le procuraba con artes diabólicas, cual si levantase figura, la mujer más codiciada; siendo por estas artes una especie de enemigo, consagrado, como en la liturgia católica, el eterno enemigo de la humanidad, á encender todos los perversos instintos y calmar todos los malos apetitos. Inútil decir que al término de las maquinaciones de Andrés había una ruina inevitable para el pobre y confiado Domenico.

Así, mientras Filippo, artista antes que todo y sobre todo, contemplaba con arrobamiento aquellas maravillas de color, en cuyas gradaciones creía descubrir como nuevos cielos del arte, olvidándose hasta del candor con que se le había aparecido el dueño de tanto secreto y hasta de la furia en que había estallado su émulo; éste, Castaño, codicioso, vengativo, envidiosísimo, cogía á aquel, á Domenico, por la mano, y le llevaba á cercana sala donde pudiese maniobrar á sus anchas en logro de sus vehementísimos deseos, empleando desde la seducción hasta la amenaza, desde el cariño hasta el odio, desde la violencia hasta la corrupción, desde el hechizo hasta el crimen, como suelen todas las voluntades avasalladoras y enérgicas abandonadas á sí mismas por las dos reguladoras supremas de nuestra vida, por la razón y por la conciencia.

—Descansemos aquí, dijo Castaño, y departamos con toda libertad.

—Lejos, añadió Domenico, de tantas miradas como nos acechan y de tantos oídos como nos celan.

—Entregados á saborear los recuerdos del triunfo que has obtenido y las esperanzas del placer que te aguarda.

—¿Será verdad?

—Infalible.

—¿Cómo obtuviste esa victoria para mí?

—No lo preguntes.

—Es mi curiosidad natural.

—No, dañosa. Cada existencia guarda un misterio. Cada hombre proyecta con su cuerpo una sombra en el espacio material, y con su alma un secreto en el espacio invisible. Tienes tú misterios; yo también los tengo. El alma se parece al mar en que no puede existir sin abismos. Toda inmensidad guarda indescifrables enigmas. Conténtate, pues, con saber que vas á saciar tu amor.

—Yo he tenido siempre dos necesidades supremas, una de la inteligencia, la necesidad de ser admirado; otra del corazón, la necesidad de ser querido. Sentir la belleza es en resumidas cuentas amarla. El ideal se alimenta y se alimentará siempre de esta llama del corazón. Llévame, pues, á los pies de la mujer adorada que debe ser la musa del ingenio y el modelo eterno de mis obras.

—Feliz tú que amas con tal viveza y con tan fundada esperanza.

Dijo Castaño, en cuyo pálido rostro, en cuyos ojos torvos, en cuya sonrisa amarguísima se revelaba toda la acerbidad de su envidia: que hasta sentía no sentir como su émulo, y se encelaba por ver en otros lo mismo que no quería procurarse ó adquirirse para sí propio.

—¿Qué quieres? La gloria tiene satisfacciones egoistas, mientras que el amor desinteresadas y sublimes.

—A nuestros años no podemos amar ya con la abnegacion de otra edad. Nos fingimos mejores de lo que somos. Creemos amar el amor por sí, en sí, cuando realmente amamos el placer.

—No me apenes con tus sofismas frios como la muerte. Déjame creer que amo todavía. Y la prueba de que amo todavía está en que solamente una mujer me cautiva; porque en realidad me atrae su alma.

—Si te interrogaras á tí mismo con verdadera independencia de toda preocupacion, verias como esos pensamientos, á primera vista purísimos, se alimentan y mantienen por el hervor de la sangre y por el aguijon del sentido.

—¡Oh! Andrés, verdaderamente pierdo la luz de los ojos cuando veo la ventura que me prometes.

—A todo podemos resistir con nuestras fuerzas en el bajo mundo que habitamos, á todo, menos á la privacion del amor.

—Es verdad: en amar y ser amado consiste el secreto de nuestra existencia.

—Por consiguiente, quien te ha dado la satisfaccion de un amor correspondido, puede envanecerse de haberte dado la satisfaccion de una segunda vida.

—Es verdad. Te confieso que un secreto dolor me atenacea el pecho. Deber esta dicha antes que á mi porfía á tu poder, ¡oh! es cosa dolorosísima. Quisiera, en verdad, Andrés, que mi amada me amase por mi mérito y no por tu influjo.

—¿En esas estamos ahora? ¿Con tal salida de tono te descuelgas? ¿Por ventura, Domenico, eres un filósofo que busca el móvil de las acciones ó un fraile que investiga el secreto de las conciencias? No; eres un artista que debe contentarse con obtener de la persona amada la expresion del sentimiento. Nosotros somos los admiradores de la forma, de lo exterior. ¿A qué meternos en mayores honduras? Cuando ibas á dar tu alma al demonio para que calmase tu pasion, en verdad, no te curabas de si la mujer amada iría á tí por propio impulso de su voluntad ó por inspiraciones diabólicas. Pues de igual suerte ahora no pienses en quien arrastra hasta tus brazos la mujer deseada; piensa que la poseerás, y que la poseerás como si te amara con todos los amores y tuviera suspenso de tu sér toda su existencia. Cuando un beso te quema los labios ¿vas á preguntar si detrás de aquel beso hay

una intencion al amor contraria ó extraña? Te basta con que tu amada finja bien y con que te engañe de manera, si engaño hay, que la ficcion se parezca á la realidad como una gota de agua se parece á otra gota de agua. Eso es la vida, la verdadera vida. Todo lo demas, que tú piensas y dices, tiene el aire de una traslacion arbitraria de la fantasia pura á la impura realidad.

—Me abraso en deseos de ver al tormento adorado que al par me aviva y me mata.

—Iremos en seguida; la fiesta se acabará por sí misma, y los convidados se dispersarán á su antojo en cuanto la luz los ahuyente y el sueño los asalte.

—Corramos.

—Corramos.

—Cuánto debo agradecerte, Andrés, amigo, esta noche, la más bella de mi vida.

—Puesto que hablas de tu gratitud, permíteme que hable tambien de mis créditos ó de tus obligaciones.

—Inútil recordármelas estando como están presentes en mi memoria y vivas en mi voluntad.

—¿Ese gran secreto?

—Premio resultará de tu acierto y precio de mi dicha.

—¿Cuándo vas á revelármelo?

—¿Te olvidas que tenemos un pacto, escrito es verdad en el aire, pero tan firme como si estuviese esculpido en el mármol?

—He sido generoso; te dejo la revelacion del secreto para despues que hayas alcanzado el favor.

—Corramos. Me falta tiempo. Mis deseos todos se atropellan y me apremian. Voy á verla, á oirla, á hablarla. Voy á escuchar su voz y á sumergirme en sus ojos. Voy á pedir á sus labios una palabra de amor que dé una nueva alma á mi cuerpo, y una nueva inspiracion á mi alma. Soy feliz con toda la felicidad imaginable. La voluptuosa satisfaccion que siento, segun me acerco al logro de mis aspiraciones, basta para compensar muchas penas y para convertir en paraísos risueños los más tristes recuerdos. He padecido mucho, es verdad, pero he padecido por ella. Si hasta en las penas con que ha taladrado mi alma encuentro gozo, cuánto no encontraré en los placeres que me reserva.

—Pues vamos á que gustes el fruto apetecido y calmes con la seguridad de tu dicha la vehemencia de tu deseo.

—Bendito sea este supremo instante.

Dijo Domenico, inundada el alma de alegría, cortado el aliento por el tropel de sus emociones, relampagueantes los ojos con el reflejo de sus deseos.

Los dos jóvenes salieron por una puerta secreta rebozados en sus mantos, y alejándose con rapidez, perdiéronse en laberinto intrincadísimo de estrechas y tortuosas calles. Como Florencia estaba sumergida en el sueño á